



OPINIÓN

LA NIEBLA NEGRA DE UNAMUNO

C aía ya el año 1936, con varios meses de guerra civil entre españoles, o incivil como decía Unamuno, «una guerra entre los hunos (rojos) y los otros (blancos, color del pus, facciosos)». Unamuno, anciano y agotado –tenía ya más de 72 años– seguía siendo aún un intelectual incómodo y crítico para el nuevo régimen del sublevado dictador Francisco Franco.

Y esta tarde, cercana a las Navidades, Unamuno contemplaba, apoyado en la barandilla del balcón de su casa en la calle Bordadores, la espesa niebla que no le dejaba ver los castaños del campo de San Francisco, ni las piedras de oro de las clerecías de la calle Compañía, ni siquiera la tan cercana y soñada torre del palacio Monterrey. Solo divisaba entre neblinas, enfrente, el viejo torreón, agrietado, del convento de las Úrsulas. Niebla negra y helada que cubría también sus pensamientos y su corazón debilitado de tantas peleas dialécticas. Niebla negra en su vida: Unamuno moriría ese mismo atardecer. Esperaba visita, inquieto, y se había levantado de su sillón frailerero para caminar unos metros y estirar sus cansados pies. En la mesa camilla tenía un ejemplar antiguo de su novela «Niebla». Se narra la historia de un personaje nivolesco, Augusto Pérez, con un prologuista «ficcional», Víctor Goti, que se rebela, enfrentándose a su creador literario Unamuno porque le quiere hacer morir, y le va a visitar a Salamanca para que le cambie el des-

tino fatal. De la misma manera que le vendrá a ver esta misma tarde del 31 diciembre de 1936, el falangista profesor Bartolomé Aragón para conversar de la guerra –incivil– y de la muerte personal y de la muerte de España.

De la publicación de esa novela hace ahora cien años (1914). «Niebla» vuelve a la actualidad literaria por su postmodernidad y su empaque del juego narrativo. En esta novela Unamuno puso lo mejor de sí mismo, de su apasionamiento literario y vital.

Son múltiples las propiedades que los críticos otorgan a las ficciones posmodernas; pero sobresale aquella que pone en entredicho el límite existente entre la propia ficción y la realidad externa. Así parece que se está invitando al lector-espectador a debatir el contrato de su propia realidad. Algunas veces, el personaje de la ficción toma conciencia de su propia naturaleza de personaje ficticio –que existe sólo en una obra ficticia– y se enfrenta al creador de la misma –convertido entonces también en personaje de ficción–, para pedirle las oportunas aclaraciones.

En la «Niebla» de Miguel de Unamuno ese descubrimiento por parte del personaje (Augusto Pérez) suele estar acompañado del consabido sobresalto, cuando no verdadera angustia, ante la evidencia de su controvertida existencia. La lectura que se deduce de este argumento de «Niebla» es la de que todos somos entes de ficción, todos somos criaturas de un creador, sea este Dios,

ÁNGEL
LLOZANO
HERAS
Profesor de la USAL
y escritor



«'NIEBLA'
VUELVE A LA
ACTUALIDAD
LITERARIA POR
SU
POSTMODERNIDAD Y SU
EMPAQUE DEL
JUEGO
NARRATIVO»

o Unamuno, o el prologuista ficcionado Víctor Goti (alter ego de Unamuno). Y es por eso que «Niebla» representa una de sus innovaciones narratológicas más importantes al reclamar el papel activo del lector.

Muy pocos días antes de la Nochevieja, Miguel de Unamuno escribió una carta al director del diario ABC de Sevilla protestando con indignación, en respuesta, a una información sesgada de ABC sobre su postura ante la guerra civil, la rebelión militar de Franco y la universidad.

En esa carta afirmaba que «...estos hunos y hotros están desangrando, ensangrentando, arruinando, envenenando y –lo que para mí es peor– entonteciendo a España. Y lo escribo desde mi casa, donde estoy encarcelado disfrazadamente; me retienen como a un rehén, no sé de qué ni para qué. Pero si me han de asesinar, como a los otros, será aquí en mi casa...»

En Año Nuevo, días más tarde, recibí un telegrama desde Salamanca, comunicándome la muerte de D. Miguel de Unamuno y Jugo ¿Muerto Unamuno; asesinado, envenenado...?

Y se disipó en la niebla negra, en una nube tenebrosa. Todo es, ahora, negrura y frío. Quizás algún día le soñaré otra vez y volverá a ser mi personaje, mi hijo espiritual más lúcido, más entrañable... mi cuáquero unamuniano...

«Mételo, Padre eterno, en tu pecho, misterioso hogar; dormiré allí, pues viene deshecho del duro bregar...»